

Andalucía

Mundoclasico.com » Criticas » Andalucía

Una pianista a tener muy en cuenta

José-Luis López López

Twitter 6

Recomendar 58

Sevilla, 18/12/2012. Teatro de la Maestranza, Sala Manuel García. Cristina Lucio-Villegas, piano.
Obras: Antonio Soler, Sonata en modo dórico. Domenico Scarlatti, Sonata en Sol mayor, K 125, L 487. Wolfgang A. Mozart, Sonata para piano en Fa mayor, K 300. Manuel de Falla, Cuatro piezas españolas (Aragonesa, Cubana, Montañesa, Andaluza). Isaac Albéniz, Málaga (de Iberia). Frédéric Chopin, Sonata para piano nº 3, en Si menor. Asistencia: 80 % del aforo



Cristina Lucio Villegas

La inclusión de esta pianista, ciertamente joven por edad, en el “Ciclo de Jóvenes Intérpretes” no debe llamar a engaño. Otras temporadas, este ciclo acogía a “jóvenes”, en el sentido de “principiantes”. Pero ese no es el caso de Cristina L.-V.:

aparte de que es una artista precoz, ya premiada a la edad de 10 años, su curriculum no es el de una “promesa”, sino el de una realidad brillante, esplendorosa, en premios, grabaciones, actuaciones en eminentes auditorios de diversos países de todo el mundo (España, Finlandia, Alemania, Bélgica, Francia, Italia, Indonesia, Omán, Brasil...). Curiosamente, en Sevilla no había debutado como solista hasta ahora: asignatura pendiente del Maestranza, felizmente saldada con “sobresaliente”. Porque todos los antecedentes de su carrera pianística no serían nada si no la hubiéramos oído tocar de modo tan maduro, magistral y versátil, en un muestrario que le permitió lucir sus magníficas cualidades técnicas y su indudable personalidad musical propia, caracterizada por una energía y entusiasmo que, no obstante, se mantienen bajo control en esta artista, que dará mucho que hablar (cada vez más, apostamos sobre seguro).

E-MAIL
IMPRIMIR
COMENTARIOS

Se pueden distinguir tres partes en su recital, cuidadosa e inteligentemente programado: en primer lugar, las *Sonatas* del Padre Soler, Domenico Scarlatti y Mozart; en segundo, las *Cuatro piezas españolas* de Falla y Málaga, la primera del *Cuarto cuaderno* de Iberia de Albéniz. Y, tras el intermedio, la magna *Sonata nº 3* de Chopin.

La *Sonata en modo dórico* R 25 (Allegro) de Antonio Soler (1729-1783), el maestro más renombrado de la escuela española de clave en el siglo XVIII, es indudable que se relaciona perfectamente con la *Sonata en Sol mayor* K 125, L 487 (Vivo), de Domenico Scarlatti (1685-1757). Soler, miembro de la comunidad de jerónimos de San Lorenzo del Escorial (allí murió; había nacido en Olot), estudió en esa ciudad con José de Nebra (1702-1768) y con D. Scarlatti. El clave se nutrió de la abundante producción del napolitano D. Scarlatti, afinado en España (autor de 555 sonatas para clavicémbalo) y de Soler (aunque no se dedicó exclusivamente, o casi, a ellas, como su maestro, escribió más de 200 sonatas para el mismo instrumento): entre ellos hay numerosas semejanzas estilísticas (y también diferencias radicales, como las predilecciones no compartidas de Soler por el “bajo de Alberti” o de Scarlatti por la *acciaccatura*).

En cualquier caso, las dos obras (4 minutos largos y 2 minutos 15 segundos aproximados,

Búscanos en Facebook [facebook](#)

Mundoclasico.com
Me gusta

Mundoclasico.com
Torres y Perianes, Premios Nacionales de Música (ES)
Jesús Torres, en la modalidad de Source:
Mundoclasico.com

4 de diciembre de 2012 a la(s) 2:40

Mundoclasico.com
Devia, reina de reinas

A 1,753 personas les gusta Mundoclasico.cc

Gastón Pedro Alejandro Cati
Victor Manu Lidon Marceb Tono

Plug-in social de Facebook

respectivamente) fueron interpretadas por la pianista con vivaz agilidad y suprema claridad. Hizo una pausa para saludar tras la de Soler, con la que ya se había conquistado a un público, embelesado por la nitidez del fraseo, la regularidad del pulso y la pasión, a la vez tensa y contenida (¡qué maravilla!).

Pero, tras la breve *Sonata* scarlattiana, tras una corta cesura de silencio, evitó una nueva ovación, pasando enseguida a la *Sonata para piano "Parisina"* nº 4, KV 300k (o KV 332) de Mozart, en tres movimientos (Allegro, Adagio, Allegro assai). Los oídos, tras las dos primeras delicias, estaban preparados para esta joya, penúltima de las cinco sonatas compuestas durante la estancia parisina de Mozart, construida en torno a la tonalidad de Fa mayor, con una impresionante riqueza de temas y un cambiante tratamiento musical (una fantasía incansable que encontramos en el Allegro -se ha dicho de él que es un "momento capital de la creatividad mozartiana"-; en las inagotables ornamentaciones de la melodía central, sublime homenaje al arte de J. Ch. Bach; y en la "pululante cascada" que ofrece el final. A los Massin, que consideran esta sonata uno de los documentos más impresionantes del alma mozartiana, les suscita este pensamiento inquietante: "A veces no sé bien quien soy -soy todo y también lo contrario de todo- no pido mucho pero tampoco pido menos -ser solamente algo- pero que sea verdaderamente algo."

Y la intérprete ¿qué decir de ella? Ni más ni menos que hizo suyas, con toda su sensibilidad, la fuerza, la hondura y la grandeza de este milagro, que nos dejó abrumados. Entre los aplausos asombrados, Cristina Lucio-Villegas, con un sabio sentido de la presencia y la ausencia, abandonó, aunque aún no era el intermedio, el escenario unos segundos, para poner un finísimo, pero rotundo telón, entre este primer bloque y el siguiente.

Porque los siguientes eran Falla y Albéniz. Cambio de registro, pero no de calidad. Las *Cuatro piezas españolas* del gaditano respiran, ciertamente, la influencia de Albéniz (a quien están dedicadas), aunque atemperada por la de músicos franceses, como Dukas, Debussy y, sobre todo, Ravel. En las *Aragonesa, Cubana, Montañesa y Andaluza* impera el más alto virtuosismo, que, no oculta, sin embargo, el carácter de cada una de ellas: resonancias muy elaboradas de la jota, ese encanto calmado y despreocupado de las melodías populares de Cuba, el lejano eco de la canción santanderina (donde nació, aunque accidentalmente, la pianista) titulada *La casa del señor cura*, la audaz mezcla de fiesta y tragedia a partir de la gama andaluza netamente cromatizada y en un ámbito melódico reducido, alrededor de una nota-pivote ...

C. L.-V. pasó del bloque rococó-clasicista a este de los primeros años del XX con tal naturalidad (eso quiere decir: con tal arte), que es imposible que no produzca en el oyente sensible una profunda conmoción. Coronó este grupo con *Málaga*, la primera pieza del cuarto cuaderno de la *Iberia* albeniziana, una de las menos conocidas de las doce (sin duda, por la proximidad de sus dos compañeras, tan célebres, como son *Jerez* y *Eritaña*). De un ritmo apasionado, sobre los ritmos puramente gitanos de la malagueña, presenta, como de costumbre en *Iberia*, dos temas, de los que el segundo, intensamente melódico, se distingue por la expresividad vehemente de sus notas repetidas. Reconociendo su altísimo nivel, hay quien opinaba que la vehemencia había sido excesiva, que un punto de reposo mayor le llegaría a la pianista con una mayor madurez. ¿Mayor madurez? Claro, es imposible que a su edad haya tocado techo. Pero, pensamos, no precisamente aquí. Ni nos podemos imaginar qué será esta Cristina dentro de, pongamos, diez años...

Intermedio, para bajar a la tierra. ¿Y qué nos esperaba después? Hablando de madurez, ¿qué desafío mayor que el de la *Sonata número 3, en Si menor*, Op. 58, de Chopin? Escrita en 1844, tras la ruptura con George Sand, y cuando la enfermedad que debía llevarse al compositor progresaba inexorablemente (podemos decir, profetas del pasado, que le restaban cinco años de vida y sufrimiento), ¿cómo es posible que el músico, cuya *Sonata nº 2*, la de la célebre *Marcha fúnebre*, de cinco años antes, fue una obra visionaria y volcada hacia la muerte, creara en tales condiciones esta *Sonata en Si menor*, resplandeciente de vida y de energía? Fuera como fuere, ahí estaba nuestra pianista para

hacerle todos los honores. En cuatro movimientos (Allegro maestoso, Scherzo: Molto vivace, Largo, Finale: Presto non tanto), la interpretación fue espléndida: elegante levedad en el canto, matizado con la justa distancia, tanto del lacrimoso hipersentimentalismo (peligro tan común de los intérpretes de Chopin), como de la excesiva energía superficial (en la que esta pieza puede hacer caer); la “aristocrática” claridad del bajo ayudó a conseguir el perfecto equilibrio del esencial, e incomparable, romanticismo chopiniano (tan lírico como dramático en sus obras supremas, como esta). Pero, rizando el rizo, hubo un movimiento en el que alcanzó lo que en literatura (parece que la expresión fue consagrada por Flaubert) se designa como *le mot juste*: el sublime Scherzo. En este punto, ya el máximo homenaje es no añadir nada más.

Pero el público -no podía ser de otra manera- sí quería más. Y Cristina Lucio-Villegas, intensamente solicitada, nos regaló dos joyitas fuera de programa; dos miniaturas con las que abrió aún más su variadísima paleta sonora. En primer lugar, uno de los fragmentos –preciosos- del *Carnaval*, Op. 9, de Schumann: Aveu (“Confesión”) (Passionato); después, el *Preludio nº 1* de Gershwin.

Y nos marchamos como quienes despiertan de un sueño. Mas ahí queda, en la memoria profunda.

Este artículo fue publicado el 26/12/2012

Compartir



Referencias:

✦Cristina Lucio-Villegas

Comentarios: Estás viendo solo los mensajes seleccionados por la redacción

Estás viendo sólo los mensajes seleccionados. Hay otros 1 mensajes ocultos

[Cancelar]

Envía un mensaje

Nombre:

Comentario:

Control: Arrastra el nombre de **MOZART** hasta el contenedor naranja

Mozart	Brahms
Beethoven	Wagner



Añade Mundoclasico.com a tu lector RSS

[Contacto](#) |

© **Mundoclasico.com (1999-2011)**. Gordillo, 32-1º derecha. 3500-Las Palmas de Gran Canaria (España). Tel: 928465772